

LA UNIDAD CATÓLICA,

ÓRGANO

DE LAS ASOCIACIONES DE CATÓLICOS DE LAS BALEARES,

BAJO LA DIRECCION DE

D. JOSÉ MARÍA QUADRADO.

Esta Asociación no solamente esquiua sino que rechaza todo cuanto pueda dar ni aun sombra de pretexto para que se la confunda con ningun partido político.

MANIFIESTO DE LA CENTRAL DE MADRID.

Sabemos desde ahora que se intentará negarlo; conocemos todo el interés que habrá en aparentar desconocerlo; pero ante Dios y ante la patria aseguramos que esta es la verdad.

IDEM.

LA CAIDA DEL IMPERIO.

«Ya no se trata de saber si saldrá vencedor ó vencido el imperio francés, ya apenas se pregunta si podrá siquiera subsistir; la cuestion está en adivinar cómo y cuándo y de qué lado ha de caer.» Así escribia tres semanas hace con seguridad que á algunos lectores pareció aventurada, cuando pendia aun incierto el triunfo definitivo. ¿En qué fundaba mis previsiones? no lo sé á punto fijo; en la desmedida confianza, en los nuevos errores, en la pendiente fatal que tomaban los sucesos, en el sello de muerte que llevan las naciones y sus gefes cuando van á sucumbir.

Apenas hay ejemplo en la historia de los pueblos de tan rápida é imprevista catástrofe; se enervan, decaen, languidecen, estos son los preliminares de su ruina. La Francia empero se ha hundido en la plenitud de su prosperidad y de su fuerza material: muy gangrenadas debian estar sus entrañas bajo ese exterior tan floreciente. Mal se encontraba de cimientos el edificio cuando al primer ataque se ha venido al suelo; el coloso tenia piés de arcilla.

El imperio ha caido y el emperador queda prisionero: así acaban los Napoleones. Siquiera el primero sucumbió ante la Europa coligada, siquiera dejó por memoria inmortales trofeos militares y la idolatría de sus soldados. Este no hay peligro de que resucite; no es menester enviarle á Elba ni menos á Santa

Elena: no deja mas raices que las trasformaciones de Paris y la cifra de los plebiscitos oficiales. Entre los pueblos y los reyes que son obra de sus manos ó que se hacen á si mismos, no hay vínculos de lealtad y amor sino de conveniencia; un revés cualquiera los destruye. Seis años reinó Fernando VII en España ausente y cautivo, y dos van trascurridos sin haberse podido aun llenar la vacante del trono de su hija. Pero acabaránse con el principio de legitimidad la fidelidad de los homenajes y el culto de la desgracia: una vez suprimido el derecho, solo el hecho, es decir la suerte, imperará. Se cambiará de soberanos como de administradores; menos aun, inutilizada una caballería, se enganchará otra para tirar del carruage.

¿De qué lado ha caido el imperio? no puede decirse aun. A primera vista parece que á la izquierda, pero en la conciencia de todo el mundo está que se viene á la derecha. Lo que se ha proclamado en Paris no es república sino interregno: ninguna monarquía, ningun gobierno estable habia de aceptar la herencia naturalmente sino á beneficio de inventario. Solo la revolucion, que nada tiene que perder, carga con lo que encuentra en el arroyo. Y en su seno tiene clavado á Trochu, al hombre nuevo y vigoroso, en quien ya se trasluce al futuro Changarnier, ó si son ciertos sus antecedentes orleanistas, al Monke que puede traer mas ó menos pronto al nieto de Luis Felipe.

Entretanto los prusianos avanzan á prueba de ametralladoras, y lo que es mas, á prueba de la Marsellesa. Mas fácil es que «la anarquía, como dije, les abra las puertas de Paris,» que no que «hayan de retroceder ante la hoguera de la cólera nacional.» ¿Darán los tenderos armados mejor cuenta que los ejércitos? no tendrán que abrir las puertas tal vez á los hulanos para librarse de las hordas de Rochefort y de los asesinos de la Villette? Desgraciada Paris! en un momento se han puesto contra ella los intereses de la humanidad, incluso los de sus mismos defensores. Si con desesperado esfuerzo rechaza á los enemigos y los lanza mas allá de la frontera, arde en revolucion el Mediodia y tal vez el Norte. Hoy pende de un hombre la salvacion de Europa: el Atila se ha convertido en Carlos Martel. Ha dado la vuelta el tablero del ajedrez; conservadores y revolucionarios se han cambiado las piezas; juega con las negras el que antes con las blancas. En un dia se han invertido, ved la inconsistencia de los juicios humanos, las simpatías y votos de los apasionados por unas ó por otras soluciones.

No diré que nos hallemos en 1815: pero tampoco estamos en 1792. Entonces el entusiasmo republicano produjo las victorias; ahora las derrotas han producido la república.

Si la *novedad parisiense* no ha sido aun adoptada en España, es que la moda no se ha fijado todavia allí, es que está sujeta á la revision del rey Guillermo. Aquí nos hallamos en la época del Directorio con todas sus miserias, ¿y habríamos de retroceder á los terrores de la República? Lo que nos aguarda, si hemos de recorrer la órbita de nuestra vecina, es un pequeño Napoleon, para llegar á los dias, tampoco deseables para la independencia nacional, del 1814.

J. M. Q.



LA CIVILIZACION Y LA GUERRA.

La civilizacion es el progresivo desarrollo de las condiciones que tienden á mejorar al hombre en sí mismo con el ejercicio de sus facultades internas, y el de aquellas que le facilitan medios mas expeditos de satisfacer sus necesidades ó de hacer mas llevadera y agradable su existencia. Es por consiguiente el resultado de los esfuerzos individuales tomado en globo, y como visible muestra del trabajo providencial que perfecciona las sociedades. La guerra debiera considerarse como un período de retroceso, como un reflujo de la civilizacion, por las graves perturbaciones que introduce en las sociedades, al paso que malea el corazon del hombre, estimula sus pasiones mas aviesas, y le arrebatada los beneficios y comodidades que aquella le habia proporcionado. Una aspira á producir, embellecer y prolongar la vida humana, y la otra no se contenta con menos que con destruirla. Las dos no pueden tener puesta su mira en blancos mas apartados ni llevar fines mas contrapuestos.

Los diferentes grados de civilizacion, que es una idea relativa, se coligen por medio de un exámen comparativo de agrupaciones distintas. Entre aquella y la barbarie no se distingue fácilmente la línea divisoria: y si bien no puede decirse cuando una sociedad marca sus primeras huellas en la senda de la civilizacion, bien puede asegurarse que nunca llegará al término ideal que la imaginacion puede haber concebido. Es la civilizacion una especie de montaña que no se sabe á punto fijo desde donde arranca, y cuya cresta se pierde envuelta en las nubes. El estado de guerra, casi habitual y propio de los pueblos en su infancia, parece que deberia desaparecer á medida que se acercan á su virilidad y se transforman en naciones civilizadas; y sin embargo no pocas veces la guerra es quien trasporta y fecundiza los gérmenes de civilizacion, y esta la que acrecienta los horrores y desastres de la guerra. Parece que deberian seguir una marcha opuesta, y de su rudo choque resultar el aniquilamiento de una ó de

otra; y con todo hay motivo para preguntar si ambas á dos van trazando vías paralelas. El día y la noche crecen ó menguan en razón inversa, ¿cómo es que no sucede exactamente lo mismo con la civilización y la guerra?

Los encomiadores de la civilización moderna dirán tal vez que esta no ha llegado todavía á su apogeo; mas no dejarán de afirmar que raye en una altura cual nunca se había visto. Y nunca como en la presente guerra se habían visto tan rápidas, tan frecuentes, tan numerosas hecatombes de víctimas humanas. Nunca un sol tan espléndido, como el que se dice que ilumina la Europa: nunca una luna tan sangrienta, como la que despidе sus tristes rayos sobre la desgraciada Lorena. La guerra actual sobresale entre las mas encarnizadas y desastrosas, y las naciones que la sostienen son las que se glorían de ser las mas civilizadas.

De lamentar es que la civilización no desarrolle sus diversos elementos con igual intensidad y energía. En cuerpos enfermos se nutre y crece algunas veces un miembro á espensas de los otros. Imaginemos dos sociedades en que el elemento moral descollara sobre los demás de una manera asombrosa. Supongamos que el espíritu del mundo no ha penetrado nunca en ellas, que todos sus individuos procuran amoldar su conducta á las prescripciones del evangelio y concentrar sus aspiraciones en la consecución de sus inmortales destinos, que mantienen vivos en su entendimiento los resplandores de la fé y en su pecho los ardores de la caridad, que consideran la vida así como es realmente, una fase transitoria de la existencia humana, y no sueltan nunca la rienda que domeña sus rebeldes instintos; en una palabra imaginemos dos sociedades perfectamente cristianas. Carecerán si se quiere de eminentes y aun de medianos escritores, de congresos científicos y de grandes exposiciones artísticas; no conocerán mas goces que los íntimos de la familia, no sabrán ni por asomos lo que es una vida confortable, y lucharán con desventaja contra los rigores de la naturaleza; pero, aunque no

las dividan fronteras naturales ni un muro como el de la China, nunca se suscitará una colisión que ensangrientе sus manos y exacerbe sus corazones, nunca las despertará de su tranquilo sueño el feroz estampido de la guerra.

Y de este género de civilización han existido ejemplos, que por tal tenemos el de las numerosas colonias que poblaron los desiertos de la Nubia y la Tebaida, ya en compacta muchedumbre aglomerada en cenobios inmensos, ya esparcida en solitarias grutas, dedicando todas al trabajo de sus manos el tiempo que robaban al rezo y á la contemplación de las verdades eternas. A la frivolidad de nuestro siglo arrancará sin duda una sonrisa de desprecio el recuerdo de esta civilización; mas no por eso dejará de estar muy por encima de otras decantadas civilizaciones. Y si en vez de atenerse al exterior cumplimiento de los preceptos generales del evangelio, se ascendiese hasta la práctica de los altísimos consejos reservados á las almas privilegiadas que aspiran á la suma perfección, entonces la guerra sería racionalmente imposible. Verdad es que las máximas sublimes que pueden ser el norte de individuos aislados, no deben convertirse en utopías de sociedades numerosas. Cualquiera malvado tendría entonces espedito el camino para someterlas á su tiranía; pero Jesucristo, que así como fundó su ley en el amor la fundó también en la justicia, no ha despojado ni á los individuos ni á los pueblos del derecho natural de su legítima defensa.

Pero el elemento moral no es el que mas destaca en la civilización moderna. No hay que buscar en ella como una de sus partes integrantes la severidad de principios que da á las fibras de la conciencia una delicadeza de sensitiva, que condena al mal por sí mismo y no por los daños que ocasiona, que exige la limpieza del corazón y del pensamiento; bastante tiene con la observancia del decoro y el barniz de la filantropía. Conténtase con la moral acomodaticia que prescribe el código del mundo; y cuando esta no ha podido abolir, ni siquiera estigmatizar bas-

tante, los duelos de hombre á hombre, ¿cómo ha de impedir esos duelos gigantescos de potencia á potencia? Contra aquellos tenia la autoridad de las leyes; contra estos no existe tribunal ni siquiera de amigables componedores. La civilizacion hasta ahora no ha encontrado mas arbitraje que el rugido del cañon y el fuego infernal de las ametralladoras.

La fuerza mas expansiva de la actual civilizacion se dirige al desarrollo de los intereses materiales. Este es el campo que cultiva con mayor ahinco. La prosperidad de las naciones y el bien estar del mayor número posible de sus habitantes no deja de ser un fin laudable; pero la civilizacion lleva mas adelante su empeño. Ha hecho del lujo un ídolo ante el cual todos se postran, ha propuesto como el bello ideal la vida de los antiguos sibaritas, y diríase que pretende convertir en una inmensa Cápua todos los territorios que abarca su jurisdiccion. El sepulcro es la frontera de la civilizacion, que se guarda muy bien de traspasarla, y solo erige en ella alguno que otro magnífico mausuleo. Pero el enervamiento que esto produce, la natural repugnancia á levantarse de un lecho de rosas, los temores que inspira la parálisis del comercio y de la industria, la súbita evaporacion de la riqueza con tantos sudores acumulada, no son siempre bastante eficaces para cerrar el paso al espectro de la guerra. De rémora sirven algunas veces. Aplazan, mas no ayudan á dirimir el litigio; y cuando la guerra estalla, aparte de la sangre que inunda los campos, crecen los torrentes de lágrimas por las pérdidas enormes que se experimentan, son mas incalculables los destrozos, mas horribles las depredaciones, mas irreparables las ruinas, y el recuerdo de lo pasado hace mas cruel é intolerable la miseria de los que sobreviven. Cuanto mas rica y floreciente la mies, mayor es el estrago que produce el caballo de Atila.

El hombre no se consagra al estudio para satisfacer únicamente su curiosidad con un conjunto de estériles conocimientos. Busca la ciencia para utilizarla. Por medio de la observacion, de la esperiencia y del racionio va

sorprendiendo los arcanos de la naturaleza, y al paso que engrandece su dominio sobre ella se hace dueño de inmensas fuerzas para aplicarlas á su arbitrio. Y ¿qué importa que sean horriblemente destructoras? La ambicion no tiene entrañas, y la justicia no puede prescindir de tales recursos. Sea para afirmar su prepotencia ó para defender su derecho, las naciones tienen que valerse de los mortíferos inventos que les va suministrando la ciencia, no ya como una ventaja sino como una necesidad, para no quedar aplastadas á la primera embestida del enemigo. Asi la civilizacion de estos ultimos tiempos, en vez de atenuar los horrores de la guerra, le va dando de cada dia un carácter mas atroz y espantoso. Si no contara con otros elementos para contrabalancear los adelantos de la ciencia, es imposible calcular hasta donde llegarían los funestísimos resultados de un rompimiento entre dos naciones igualmente poderosas y civilizadas. Dad á dos tribus de caníbales, como único don, el progreso científico de la Europa, y sus luchas serán de esterminio completo, hasta quedar un solo salvage cubierto de heridas sobre un monton de cadáveres destrozados.

Los fastos del arte militar recuerdan los nombres de ilustres capitanes que ceñidos con el laurel de la victoria salvaron la independencia de su pais ó acrecentaron su poder humillando al extranjero. Al lado de estos nombres consígnanse ahora los de aquellos que por medio de ingeniosos procedimientos han dado á las bocas de fuego mayor precision ó mayor alcance. La civilizacion substituye á las armas antiguas otras perfeccionadas para hacer mas rápidos y terribles los estragos de la guerra. Cada lustro aparece una nueva celebridad, y Minié con su carabina, Chassepot con su fusil, Armstrong con su cañon se han conquistado un nombre como Kepler con sus leyes astronómicas, Volta con su pila ó Copérnico con su sistema. Y estos nombres se hacen populares y estas invenciones reciben mil aplausos, almenos hasta descubrir nuevas maravillas que produzcan una desolacion mas espantosa.

Mas fácil táctica y mejor administracion militar, mas higiene y mas disciplina, gracias por ello al progreso de la ilustracion; pero al tratarse de perfeccionar la estrategia y la fortificacion, al tratarse de aumentar los medios de defensa, el arte no obtiene un triunfo duradero. No tardan en venir nuevos descubrimientos como auxiliares de las fuerzas destructoras para inutilizar aquellos adelantos. Apenas se ha tomado la precaucion de acorazar un navío, cuando ya se ha descubierto la bala que destrozará su blindage. En esa *steeple-chase* del ingenio humano siempre se lleva el premio el caballo de la muerte.

Podriase escribir un libro curioso, y mas desconsolador que instructivo. Para hacerlo seria menester un trabajo de erudicion inmensa, y largos años de revolver bibliotecas y archivos: suplir la carencia de datos por medio de deducciones y analogías, reunir todos los existentes y no tomarlos á todos por fidedignos, y despues de innumerables rectificaciones y conjeturas establecer una serie de cálculos prudentes que no nos atrevemos á llamar ni siquiera aproximativos. El objeto de este libro seria proponer una solucion empírica, pero concienzuda, á un problema científicamente irresoluble: presentar un resumen estadístico del número de víctimas y del valor de las devastaciones producidas por la guerra en toda Europa durante cada uno de los últimos ocho ó nueve siglos. Y ¿qué diríamos si de las sumas resultase una progresion ascendente? ¿Qué diríamos si estos últimos setenta años nos diesen ya una cifra mayor que la de cualquier otro siglo? Bien pudieran cubrirse de rubor nuestras mejillas al tratarse de nuestra decantada civilizacion.

T. AGUILÓ.



GLORIAS HISPANO-CATÓLICAS.

LA RESTAURACION ARAGONESA

EN S. JUAN DE LA PEÑA.

I.

El origen de S. Juan de la Peña se confunde con el del pueblo aragonés, grandioso como un poema bajo un aspecto, bajo el otro interesante y piadoso como una leyenda. En lo mas denso del pinar os señalarán el sitio donde dos siglos atrás se divisaban todavía las ruinas de la infortunada Pano, fortaleza tan presto improvisada por los cristianos fugitivos en los primeros años de la invasion sarracena, como arrasada por los musulmanes despues de pasados á cuchillo sus defensores. La fecha precisa de esta calástrofe, que nos revela la antigua crónica conocida con el nombre de *historia general del reino*, es controvertida entre los eruditos, fijándola unos en 716 tres años despues de la pérdida universal de España, otros en el reinado del califa de Córdoba Abderraman ben Moavia de 756 á 788; y alguno, con mas probabilidad acaso, la refiere á época intermedia, durante el gobierno del amir Abderraman ben Abdala, que antes de lanzarse sobre la Francia, donde sucumbió ante las armas victoriosas de Carlos Martel, taló en 732 las comarcas del Pirineo, pudiendo ser su lugar teniente el que fué mas tarde su sucesor, Abdelmelic ben Cotan. De todas maneras estas tentativas de fortalecerse contra el enemigo, y aun de recobrar la perdida patria, ensayadas por los cristianos en medio de las primeras impresiones del espanto, son brillantemente confirmadas por las crónicas árabes, que nos muestran á los fieles confederados de Aragon y Cataluña derrotando en 715 á Mogait con pérdida de dos mil moros y llegando al pié de los muros de Zaragoza, y nos hablan del rey del Pirineo Melek Julian gefe de la tribu judía venida del Africa con Tarif, que procuró sobreponerse á los gobernadores árabes buscando la alianza de los vencidos, hasta que en 720 fué preso y crucificado por los mahometanos.

Por aquellos tiempos, no se sabe si años antes ó despues de la toma de Pano de cuyas cenizas renació como fénix la nacion, un ilustre mancebo mozárabe de Zaragoza llamado Voto ú Oton llegó cazando á la cima de aquel monte; y atraído por un ciervo al borde de la peña colosal que hoy sirve de bóveda al monasterio viejo, solo pudo invocar al Bautista, cuando una fuerza sobrenatural detuvo al caballo suspendido sobre el abismo, dejando sus

huellas marcadas en la piedra. Al espanto sucedió la curiosidad, y deslizándose por las rocas y abriéndose paso con la espada por medio de la maleza, quiso el joven reconocer la sima de que se había salvado. Halló en su fondo una cristalina fuente, una profunda gruta, y dentro de esta una pequeña iglesia dedicada al santo que acababa de protegerle, y en el suelo de la iglesia tendido un cadáver, cuya venerable ancianidad y celestial reposo infundían consuelo en vez de horror, y cuya cabeza descansaba sobre una piedra triangular, donde una inscripción revelaba su nombre de Juan de Atarés y su vida de ermitaño. Reanimábase aquel yerto semblante al hallar por fin quien sepultara el cuerpo y quien heredara su gruta y su vida; pero Voto no se hundió en aquella soledad sin haber tranquilizado á sus padres, vendido sus bienes, y traído consigo á su hermano Felix. Antes de espirar los dos hermanos, transmitieron su gruta y su capilla á dos virtuosos discípulos Benito y Marcelo, que edificaron otras capillas y tuvieron otros discípulos, convirtiéndose en Tebaida aquel hórrido valle, y estendiéndose su fama por los nacientes estados circunvecinos.

En la proximidad y mútua relacion de estos dos grandes sucesos discrepan no poco los escritores aragoneses, tejiendo cada cual á su placer los hilos que los enlazan. Ignórase cuanto tiempo permanecieron silenciosas aquellas breñas entre los últimos alaridos de los fieles de Pano y las primeras oraciones de los cenobitas: la *Historia general* fija el establecimiento de estos en 758, cuando apenas las zarzas habian brotado sobre las ruinas de la malograda fortaleza. La llegada de Juan de Atarés al yermo la creen otros anterior á la caída del imperio godo, y atribuyen á sus sucesores Voto y Felix un papel semejante al de Pedro el ermitaño en las cruzadas, suponiendo que ellos ciñieron la corona á Garcí Jimenez en presencia de los nobles de la montaña, y que hasta aconsejaron el nombramiento del Justicia cual recíproca garantía entre los súbditos y el monarca: los dos santos hermanos resumen la triple mision de sacerdotes, profetas y legisladores de la naciente sociedad, como S. Juan de la Peña el triple carácter de yermo, corte y asilo. Acaso esta poética aglomeracion resulte de la confusion de su primitivo origen con otra segunda época, en que amedrentados los cristianos, segun la *crónica general*, por la derrota que padeció Ordoño rey de Asturias, y segun otros por las victorias del aventurero Muza, se replegaron de nuevo á los montes; y desarmando la cólera divina con los al-

tares que en aquella soledad levantaron ó enriquecieron, purificados y rejuvenecidos por la penitencia y la contemplacion, cobraron nuevas fuerzas para arrollar á los infieles. Repobláronse por algun tiempo las ruinas de Pano; y los cuerpos de los tres santos ermitaños que allí yacian fueron trasladados con pompa y devotos cantos á la iglesia recién consagrada por el obispo Iñigo, y esculpiéronse ya epitafios en sus sepulcros, de los cuales refiere el monge Macario en sus actas las mas antiguas, que comunicaban salud á los enfermos, vigor á los débiles, y de noche celestial luz á los contemplativos.

Esta segunda calamidad promovió el acrecentamiento de S. Juan de la Peña, como la primera le habia dado origen; y de ella se hace datar la institucion de una comunidad que unos suponen de clérigos regulares, y otros de monges benedictinos, bajo la direccion del abad Transirico. A últimos del siglo X Paterno, llamado de Francia por el rey Sancho *el mayor*, introdujo en aquella casa la disciplina y perfeccion monástica que habia ido á aprender en el célebre monasterio de Cluni, y desde entonces rigió allí en toda su integridad la regla de S. Benito, comunicándose á los vecinos monasterios. Mas de sesenta de estos, que en número casi fabuloso poblaban las asperezas de Aragon y Navarra, fueron por aquellos tiempos agregados con sus bienes y derechos al de S. Juan de la Peña; estendióse su jurisdiccion abacial sobre ciento veinte iglesias seculares; enriquecieronle los reyes con reliquias y ofrendas para los altares, con tierras y pastos para sus ganados, con privilegios para las personas, á trueque de reposar á su muerte en aquel suelo predilecto bajo el salvaje y grandioso dosel de la peña. Imitaban su ejemplo los caballeros y ricos hombres, muchos de los cuales, ligados á los monges con ciertos votos de fraternidad, los declaraban herederos caso de morir sin legítima sucesion, y pedian la bendiccion de su abad antes de partir para el combate. Cuna de las glorias nacionales la esclarecida cueva, era al propio tiempo su panteon y su archivo; y solo la adhesion entusiasta y el liberal agradecimiento de aquellos príncipes y guerreros pueden darnos la medida de la fé y brío sobrenatural que henchiria su corazon al pié de los altares, ó de las dulces emociones con que palpitaría ante el solar primitivo de sus ascendientes, ante el nido de la nacion aragonesa. Llegada esta á su completo desarrollo, la dinastía de los Berenguers buscó residencias menos ásperas y sepulcros mas suntuosos, y S. Juan de la Peña pudo con trabajo

mantener sus grandezas adquiridas: desmembróse parte de sus bienes en el siglo XVI para la erección del obispado de Jaca, los monarcas dispusieron de la dignidad antes electiva de su abadía; y hasta los monges, transigiendo entre la comodidad propia y el respeto tradicional, abandonaron siglo y medio hace el santuario de los recuerdos tres veces devastado por terribles incendios, y establecieron su habitación en lo alto de la esplanada, como centinelas avanzadas de antigüalla tan venerable.

Sobre la elevada meseta, en un pequeño claro que dejan los pinos, asoman dos puntiagudas torres que flanquean una fábrica dilatada. Es aquel el nuevo monasterio de S. Juan empezado en 1675 y concluido en 1714, en el cual buscaron los monges ambiente mas despejado y vivienda mas anchurosa; pero tuvieron que abrirse sitio en el corazón de la selva, cuyos árboles apiñados en torno sirvieron de andamios y puntales para la construcción, y aun ahora mantenidos con trabajo á raya, cual olas enfrenadas por un islote, parecen prontos á lanzarse sobre el edificio y á desalojarle del terreno usurpado. A esta frondosidad, á su propia estension, y á la vasta cerca de su recinto reforzada por cubos á manera de torreones, debe el exterior del monasterio un aspecto pintoresco y grave, que no alcanzarían á darle su moderna fábrica de ladrillo y la barroca portada del centro que introduce á la iglesia.

Mientras habitaron su reciente morada los benedictinos, debemos agradecerles que no aspiraran ni á engrandecer la imponente sencillez del antiguo edificio, ni á civilizar la grandiosa rusticidad de la naturaleza, indomable por otra parte: un denso pinar y una bajada la mas pintoresca es el único espacio que separa ambos monasterios. Entre rocas cortadas y socavadas por su base ábrese un profundo valle solo descubierto por el lado que asoma á las bellísimas ruinas de Santa Cruz de la Serós: los precipicios son aun tan espantosos, la vegetación tan vigorosa, la soledad poco menos imperturbable que en los tiempos de Voto; únicamente en la mitad de la hondura, al abrigo de la peña arenisca que falta de yerbas y hasta de grietas no presenta sino un monólito informe, sobre la oscuridad de la caverna ennegrecida aun mas por los incendios, destaca en vez de la ermita de Juan de Atarés un monasterio, *pendiente como un rico joyel de su redonda cadena*, segun la poética espresion de Briz Martinez. Diríase que entreabiertas las entrañas de la tierra, ha descendido á ellas entero el edificio desde la superficie del mundo exterior que el pinar reviste arriba cual alfombra, ó que al cabo de si-

glos lo ha descubierto alguna escavacion á modo de perla en su concha: los árboles que crecen en el fondo del valle, elevan las ramas hasta la raiz de sus cimientos, sirviéndole de trono como de dosel el peñasco. Con todo la fachada no corresponde enteramente á la grandiosidad de su posición, ni á la magestad de los recuerdos y monumentos que encierra; el espesor de los muros y algunas ventanas de arco semicircular sellan tan solo en su frente la marca de la antigüedad; al paso que el techo de madera revela la originalidad de su situación, nunca mojado por la lluvia, ni azotado sino por las piedrezuelas que se desprenden de la bóveda gigantesca.

A la entrada permanecen los restos del campanario consumido por las llamas en 1675, cuya voz en lugar de dilatarse por los aires retumbaria singularmente en la concavidad; y pasado el dintel de la puerta, queda á un lado casi desmoronada la sala capitular, llamada del *concilio* por el que allí se celebró en 1054 ó 1062 en presencia de Ramiro I y de tres obispos, Sancho, García y Gomez, acordando que la silla episcopal de Aragón, entonces única, solo pudiese ser ocupada por un monje de S. Juan de la Peña. En el atrio cobijado por la roca y solo oblicuamente iluminado por los rayos del sol, duermen los ricos hombres y los grandes de la tierra, los rudos y sencillos guerreros de la primera época, y los orgullosos barones mas tarde rivales del soberano, las nobles damas, y los servidores predilectos del trono: allí descansan á las puertas del templo cuyos consuelos nunca desconocieron, á los piés de sus reyes sepultados pared por medio en el contiguo panteon. Molduras semicirculares sostenidas por diminutas figuras y formadas por cuadros de tablero al estilo bizantino, adornan las dos filas de sepulcros sobrepuestos á mano izquierda: varios llevan esculpidos escudos de armas, muchos la veneranda señal del lábaro. Un nombre, ilustre casi siempre, una fecha, por lo comun remotísima, una sencilla deprecacion á veces, constituyen toda la inscripcion: alguna, como la de Lope Ferrench, esplica el dolor en sentidos versos; otra disputa á S. Pedro de Cardaña el honor de poseer los restos de la ínclita Jimena esposa del Cid, suponiendo que arrancados del lado de los del héroe fueron trasladados al monasterio del cual era insigne bienhechora; la mas moderna en fin cierra con el nombre del aristócrata reformador conde de Aranda la serie de los campeones del feudalismo, dando hospitalidad al ministro volteriano en la mansion de la fé y de la caballería.

EXPOSICION DE LOS PRELADOS RESIDENTES EN ROMA

AL MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA.

Escmo. señor: Sensible es en extremo á los prelados españoles residentes en Roma con motivo del concilio, verse en la necesidad de llamar la atencion de V. E. sobre el considerable retraso en que por parte de los delegados superiores del gobierno en las provincias se tiene, tiempo há, así al culto como á sus ministros, en el percibo de sus módicas dotaciones. Mas faltarian á un imperioso deber si dejasen de esponer á S. A. el regente, por el autorizado conducto de V. E., algunas ligeras consideraciones con el interés que exige la gravedad y trascendencia del asunto.

Es innegable la obligacion de dar á Dios Nuestro Señor un culto esterno y público, y que este culto requiere templos, altares, y sobre todo sacerdotes y ministros exclusivamente consagrados al servicio de la Iglesia y á la enseñanza y santificacion de los fieles.

Así lo ha comprendido siempre el pueblo español, y gustoso se ha prestado en todas ocasiones á satisfacer la cuota establecida para el sostenimiento de tan sagrados objetos; y aun hoy mismo paga con regularidad la contribucion que para ello está destinada, y que incluida en la territorial cobra el gobierno por disposicion de las leyes. El cumplimiento de este religioso deber ha sido en todas épocas el origen de las oblaciones de los fieles, de las donaciones de bienes raices, de las disposiciones testamentarias á favor de la Iglesia, de los diezmos y demás prestaciones con que en nuestra católica nacion se ha atendido á las necesidades del culto y de los ministros del santuario. Los medios que al efecto habia llegado á adquirir la Iglesia bastaban por sí para hacer frente á sus sagradas atenciones con entera independencia del presupuesto ó del tesoro público; y tal seria su situacion al presente si, en virtud de vicisitudes políticas que no hay para qué mencionar, no hubiera sido privada en nombre del estado de bienes de tan legítima permanencia.

Estos vinieron á aumentar la riqueza pública y particular, y la Iglesia quedó de sus resultas completamente empobrecida; y confiada en que, en virtud de las promesas hechas, quedaba asegurado el sostenimiento de aquellos sagrados objetos ofreció, con el desprendimiento que le es propio no inquietar en lo sucesivo á los poseedores de tales bienes. El estado en efecto, para compensar de alguna manera á la misma de los cuantiosos bienes de que habia sido despojada, y á fin de indemnizarla en algo de los perjuicios que con tal motivo se le habian originado, se obligó solemnemente á satisfacerle con puntualidad y exactitud las cuotas que de un modo solemne tambien fueron estipuladas. Existe pues un verdadero contrato bilateral y oneroso que, como todos los de su clase, obliga mutuamente á ambas partes contratantes, y del que ninguna de ellas puede prescindir.

Por eso todos los gobiernos, que desde la celebracion de ese pacto solemne de 1851 y desde su publicacion como ley del reino han existido en España, no han podido menos de reconocer tan justa y legítima obligacion, y de cumplirla con bastante exactitud hasta la época presente. Mas por desgracia en el dia ha llegado á ser completamente ilusoria; pues á pesar de haber sido consignada en la nueva ley fundamental, su cumplimiento se halla de tal manera desatendido, que ni el culto puede sostenerse, ni sus ministros tienen recurso alguno, no ya para el modesto decoro que es propio de su clase, sino ni aun para sustentarse; llegando en no pocas localidades al extremo de verse precisados á abandonar su residencia canónica para mendigar el sustento de sus parientes ó allegados, ó para buscar en el trabajo de la agricultura ó en el ejercicio de alguna industria lo mas indispensable para la conservacion de la vida. Aun los mismos prelados españoles que con motivo de su asistencia al concilio del Vaticano han venido á esta ciudad, están en ella dando al mundo un público testimonio de sus privaciones y pobreza. Existen pues por desgracia poderosos motivos para temer, que si no se adoptan prontas y oportunas disposicio-

nes, falte el culto en las iglesias de la católica España, y que en algunas partes sus ministros, accediendo á la necesidad imperiosa de buscar medio de vivir, se vean obligados á abandonar las funciones sagradas, que tienen por objeto la instruccion, el consuelo y la santificacion de los fieles.

Un estado tan irregular y tan precario no puede continuar por mas tiempo sin producir una grave perturbacion en el régimen espiritual de la Iglesia, que los prelados tienen el derecho y el deber de evitar. Escusado es encarecer las funestas consecuencias que se seguirian de que no pudiese continuar el culto público ó de que sus ministros se vieses precisados á emigrar de sus respectivas localidades. Ante la triste perspectiva de un mal de tamaña magnitud, preciso será adoptar las medidas oportunas para que la Iglesia pueda atender á su mision salvadora con los medios que providencialmente le deparó su divino fundador, aun cuando para ello hubiese necesidad de acudir de nuevo al sistema primitivo de las oblaciones, ofrendas y limosnas por parte del religioso pueblo español. Si tal sucediese, los prelados españoles lo sentirian vivamente por la deshonra con que se cubriría su querida patria; pues por lo demás, abrigan la conviccion de que se presentarian ocasiones de bendecir al Señor, porque en el siglo XIX, de impiedad y de egoismo, permitiria que se suscitase en España ese espíritu evangélico que en los primeros siglos de fé y de fervor inspiraba tan nobles acciones y obtenia tan insignes triunfos.

Pero antes de llegar á este doloroso extremo y de dictar sobre el particular disposicion alguna, los prelados que suscriben han creido que préviamente debian poner en conocimiento de S. A. el regente el estado de completo abandono en que se encuentra el culto y clero de sus respectivas diócesis, y llamar su superior atencion sobre la urgente necesidad de que se ponga remedio á un mal que no solo en el órden religioso, sino aun en el civil, puede producir trascendentales y funestos resultados. Por deplorable y precaria que sea la situacion de la hacienda pública, no es ciertamente justo ni equitativo que la Iglesia sienta sus efectos de un modo especial y se halle de tal manera desatendida, que sea siempre postergada á cuantos perciben del tesoro. ¿Es acaso su derecho menos preferente y menos sagrada la obligacion que sobre sí tomó el estado al privarla de sus propios bienes? De ningun modo: las asignaciones eclesiásticas no tienen el carácter de sueldos ni de pensiones meramente graciosas ó remuneratorias. Constituyen una verdadera indemnizacion, que como tal es una carga de justicia, y bajo este concepto la obligacion de satisfacerla es de índole preferente á otras, que por atendibles que sean, no tienen á su favor un título tan legítimo, tan sagrado y tan respetable.

Así lo reconocerá sin duda alguna V. E., y convencido de la notoria injusticia que se comete en privar al culto y clero de sus asignaciones con detrimento de altos intereses, influirá en que S. A. el regente, penetrado de la importancia de este asunto, y que por razon de su elevado cargo debe ser fiel guardador de tan sagrados pactos, adopte desde luego las mas eficaces medidas para que, á la brevedad que exigen tan apremiantes necesidades, se cubran todos los atrasos á favor de las obligaciones eclesiásticas, y en lo sucesivo se satisfagan con la exactitud que la justicia reclama.

Dios guarde á V. E. muchos años. Roma 9 de julio de 1870.—Por sí y en nombre de los demas prelados españoles residentes en Roma—Luis cardenal de la Lastra y Cuesta arzobispo de Sevilla.—Juan Ignacio cardenal Moreno arzobispo de Valladolid.—Fr. Manuel arzobispo de Zaragoza.—Mariano arzobispo de Valencia.—Bienvenido arzobispo de Granada.—Anastasio arzobispo de Burgos.—Miguel obispo de Cuenca.—Escmo. señor ministro de gracia y justicia.

ERRATAS DEL NÚMERO ANTERIOR.

Pág. 214 lin. 23. Es una cosa ineludible: léase Es la fórmula de una cosa ineludible.

Pág. 216. Al decir que la asociacion de católicos de Manacor era la cuarta en esta isla, enténdase fuera de la capital, pues cuatro son las que hay en los pueblos, á saber, en Sóller, en Felanitx, en Artá y en Manacor